

# **REFLEXIONES SOBRE LA VIOLENCIA**

Publicado en ECA, 2 (1946), 15-19.

La ola de materialismo que ha sumergido al mundo moral de nuestros días es la más gigantesca que se haya alzado contra la enhiesta roca de la fe cristiana. No es de ahora, sino hace ya varios decenios que la lucha entre el espiritualismo cristiano y el materialismo pagano, ha cobrado ese aspecto de duelo a muerte que ahora reviste. La civilización cristiana, mal llamada por algunos civilización occidental, siempre ha debido luchar contra fuerzas poderosas que han tratado de minarla, de destruirla y de aniquilarla a fin de recoger los despojos que pudiera dejar en el campo de batalla; pero ha sido en nuestro propio siglo, en el siglo XX del que tanto esperara la Humanidad, cuando el monstruo ha iniciado esa lucha titánica para arrancar al hombre del medio moral creado por la Fe de Cristo.

Y es de advertir que las herejías actuales no se presentan en forma doctrinaria; susceptibles, por tanto, de ser refutadas, como lo fueron en los siglos pasados las bien definidas por adversarias de la doctrina ortodoxa de la Iglesia; sino que se disimulan bajo aparentes tesis científicas, biológicas o sociológicas, o se encubren con las formas de normas de acción práctica, que son, sin embargo, de gran efecto en la pugna que se lleva adelante contra el espíritu. Toda precaución es poca para prevenirse contra este daño que carcome nuestras sociedades cristianas: cáncer verdadero que ha venido devorando lo que de más noble y grande ha producido la cultura del Evangelio al actuar sobre el hombre en el decurso de incontables generaciones, desbastándole primero y afinándole después, hasta convertirlo, de fiera troglodita y bárbara, en la persona culta cuyas pasiones se alquilaran en el alma y dan los más nobles frutos en los dominios de la ética y de la estética.

Varias son, sin duda alguna las formas que la heterodoxia de que nos ocupamos reviste actualmente; y a fe que no sería posible señalarlas todas; pero sí es conveniente citar algunas, siquiera sea para volver por los fueros de la doctrina pura ultrajada.

## **VERDAD Y PROPAGANDA**

Las grandes cuestiones de nuestro tiempo, o sea los principios básicos en que debería apoyarse el orden social no son ya objeto de discusión por parte de filósofos y eruditos que, hartos de sistemas y debates, se han colocado en una posición agnóstica desde la cual niegan la existencia de una verdad absoluta y prefieren la postura cómoda del que rebate al contrario diciéndole: mi verdad es tu mentira; no necesito estar en lo cierto

sino que haya quien me crea. Y de aquí ha surgido la tesis según la cual la verdad de una aserción cualquiera se mide por el número de individuos que le dan crédito; y como el número de creyentes se funda, a su vez, en la importancia de la propaganda que está al servicio de una idea cualquiera, resulta que la propaganda ha venido a substituirse al concepto mismo de la verdad, a identificarse con ella, sirviendo, desde luego, a completa satisfacción, los intereses a cuyas órdenes se encuentra.

La ciencia y la técnica de nuestro tiempo han creado muy poderosos instrumentos de difusión. Ya no es sólo el libro y la prensa; a estos elementos se suman la radiodifusión y el cinematógrafo que, por los atractivos que ofrecen, influyen de modo decisivo sobre las conciencias y plasman al antojo de quienes los dirigen lo que se ha llamado opinión pública de cada día. Y no sólo eso: tales medios no son únicamente los forjadores de la opinión colectiva y del sentir general sino que modelan las costumbres, orientan a los hombres y a las sociedades haciendo odioso y amable lo que les conviene, atractivo o repugnante lo que se desea que así aparezca. El mérito y la virtud no ganan altura por sí mismos; pues los honores de la publicidad sólo se otorgan a quienes se hallan al servicio de la causa universal que propugna la destrucción de los valores del espíritu.

Así hemos visto levantarse de la nada grandes figuras sin valor intrínseco; verdaderos muñecos de paja hinchados por el verbalismo propagandístico, que al menor asomo de inconsecuencia o desafección a la causa han vuelto al seno de la nada y del olvido.

Las grandes agencias noticiosas, tentáculos del gigantesco monstruo de la propaganda, bien distribuidos en el mundo entero, poco o nada se cuidan de los intereses del espíritu y sirven fielmente la causa universal del materialismo. Callan cuando es menester hablar; a veces, informan de un hecho ocurrido reduciendo o suprimiendo del todo la importancia y significación que pudiera tener. En otras ocasiones, hechos mínimos, discursos o declaraciones sin importancia real son presentados como sucesos trascendentales porque lo que se quiere es atraer la atención hacia los fines que se persiguen según se trate de acreditar o desacreditar una idea o una doctrina. El silencio o la reticencia, por un lado, o los bombos y platillos por el otro, son los medios que ordinariamente emplean las agencias de publicidad al servicio de los forjadores del paganismo contemporáneo.

¡Que no se diga, por Dios, que lo expresado en tales medios publicitarios es el reflejo y el eco fiel del sentir popular y de la opinión general! Son tales instrumentos los verdaderos creadores de ese sentir y de esa opinión; y lo saben demasiado los que los manejan; pero resulta muy cómodo hacer creer a las gentes que lo que dicen los diarios y las radiodifusoras y se exhibe en los cinematógrafos no es otra cosa que la manera de pensar de las gentes. Son los cerebros y los corazones de millares y millares de éstas, las que reflejan la opinión y el parecer de los pocos, muy pocos, que tienen a su servicio los potentes instrumentos de la propaganda; son estas gentes, prototipo del hombre común, del hombre de la calle, los que sin darse cuenta asimilan todos los días la lección que se imparte, la norma que se dicta y que, a la larga, acaban por estructurar su propia personalidad dirigiéndola por el torrente ideológico que ha sido creado.

Con cuánta razón nos advertía el Papa Pío XII, en su mensaje de Navidad de 1945, del peligro que tenemos de dejarnos arrastrar por movimientos de propaganda provocados artificialmente: "Los hombres deben renunciar en todas partes a la creación artificial por poder de la riqueza, de la

## Sociopolítica

censura arbitraria, de juicios unilaterales y aseveraciones falsas, de una sedicente opinión pública que hace oscilar las ideas y la voluntad del pueblo como cañas batidas por el viento”.

El hombre contemporáneo, sea por insuficiencia mental o por demasiadas ocupaciones, se ve en la necesidad de fiar en los demás para incontables menesteres de la vida diaria; y fía también en ellos sus propias opiniones porque, por regla general, no le es dado formar criterio personal para infinidad de asuntos. Nuestro parecer en medicina o en higiene es, generalmente, la de nuestro médico; en asuntos de negocios la de nuestro banquero; y en política la del candidato de nuestras simpatías. En asuntos internacionales estamos, ¡claro está! a lo que sobre ellos quieran informarnos las agencias noticiosas que, a su vez, dependen de los instrumentos que difunden las noticias.

Esta situación de dependencia en que se encuentra el hombre común hace posible, de una parte, orientar la opinión pública a voluntad de quienes la dirigen y con los fines que se proponen; y por otra, la constitución de inmensos monopolios de vastos recursos unidos con el común propósito de crear el neopaganismo de nuestros días.

### LA NEGACION DEL DERECHO

La existencia del derecho como principio de validez universal dimanado de la idea absoluta de la Justicia fincada a su vez en los ideales cristianos, ha dejado de ser en la sociedad moderna la piedra angular de la sociedad humana. Del derecho se conserva la forma, vaciado por completo de su contenido ideológico y valorativo.

La ley ya no es la expresión genuina de un derecho justo, sino la manifestación de la voluntad mayoritaria; el predominio de los intereses cuantitativos. En la democracia manda el mayor número; la masa, que a su vez está dirigida por el menor número que tiene en su poder los instrumentos en que se forja la opinión pública, pretendiendo mandar; y en realidad obedece a la minoría que estructura su manera de pensar y de sentir. La propaganda dice la verdad; es la verdad. Por tanto lo que ha de entenderse por derecho y por justicia será obra de la misma propaganda. Que el impuesto recaiga sobre tales bienes y no sobre tales otros, dependerá de la fuerza que se ponga en el ataque o en la defensa de los intereses afectados. El poder mismo constituido en órgano de la dirección de los asuntos públicos ya no implica necesariamente la existencia de un orden jurídico preestablecido basado en una noción típica de justicia individual y social; sino que es la expresión de la diferencia entre gobernantes y gobernados. El poder y la fuerza, privan; y como el poder debe su fuerza a otros poderes que se hallan a la retaguardia de las fuerzas sociales que luchan, el estado viene a ser sólo una máscara tras la cual se encubren las verdaderas fuerzas que gobiernan el mundo; el poder oculto, la aglutinación de intereses para su común defensa. Señor de la Guerra y de la Paz, y amo del planeta, ese innominado poder está en todas partes (como el Dios de los cristianos), disperso, inidentificable; no se cuida de las nacionalidades ni de las razas; funda imperios y los aniquila; trasciende las fronteras de los países, surca los mares y el aire; se hace sentir en todas partes; gobierna la banca y la finanza; es el dinero: la riqueza por antonomasia materializada en el poder o el poder hecho carne de riqueza.

**Pero la justicia y el derecho han resultado a la postre tropiezos incómodos; vocablos impertinentes y se ha preferido relegarlos a segunda categoría.**

La primera guerra mundial se peleó en nombre del Derecho y de la Justicia; la última en nombre de la Libertad. ¿Qué libertad? —Respondan por nosotros los hindúes, los indonesios y los pueblos todos del oriente medio y cercano. La libertad no puede existir sin el orden, basado, a su vez, en la Justicia; de lo contrario se convierte en libertad de opresión: “mi libertad es el derecho a tu obediencia”, fórmula especial del imperialismo económico y político.

Cuando las grandes potencias se sintieron amenazadas por otro gran imperio en formación, prometieron la libertad a los pueblos en la famosa Carta del Atlántico; que amenaza con esfumarse. Pero si los recursos de la propaganda no son bastantes a persuadir a los pueblos oprimidos de que son libres, sí lo son para hacer creer a los demás que el rol imperial es la más saludable medida de orden político. Las propias fuerzas revolucionarias son instrumentos al servicio de ese misterioso poder; hábilmente dirigidas golpean donde conviene. Al fin y a la postre las revoluciones son obra suya: dividen, debilitan, desmoralizan; remueven obstáculos; allanan el camino y preparan la entrada a los invasores. En realidad el primer paso para obtener una concesión lucrativa es una revolución. ¡Se ha visto eso tantas veces en la historia! De las revoluciones surgen los gobiernos inexpertos, necesitados de toda clase de apoyo para sus pasos vacilantes y torpes; éstos son los más a propósito para otorgar las grandes concesiones equivalentes al dogal y a los grillos que aherrojan la soberanía.

### DEMOCRACIA PARA DENTRO E IMPERIALISMO AFUERA

El Derecho Internacional en nuestros días resulta algo difícil de entenderse. Doblados por la férula de la propaganda, los juristas abdicaron y renunciaron a los principios esenciales que informaban la ley internacional: se renunció a la igualdad jurídica de los Estados y a su consecuencia ineludible: la no intervención. ¡Como si se caminara hacia la jerarquización internacional de la fuerza! Desde San Francisco, las entidades que forman la sociedad internacional se dividen en estados, super-estados y cuasi-estados; hay también estados ínfimos, satélites verdaderos de los estados mayores. Si en el interior de los estados manda la mayoría, en la organización internacional manda la minoría; una minoría que debe su fuerza no al mayor número de los hombres que forman sus pueblos, sino a la mayor fuerza que resulta de los recursos naturales acaparados por la acción imperial: hierro, petróleo, alimentos, transportes, todo sometido al poder de la riqueza.

El Cardenal Arzobispo de Westminster, Griffin, con la entereza propia de los grandes Príncipes de la Iglesia, ha dicho ante una numerosa representación de delegados de la ONU, que son ya “muchos los que miran con disgusto el término de los **tres grandes**, o los **cinco grandes**, porque recuerdan demasiado al Eje. Las naciones son sólo grandes en la medida en que colaboran con otras naciones, en un espíritu de justicia y caridad”.

El bien máspreciado de una nación fue siempre su soberanía; la facultad de autodeterminación. Por encima de todos los deberes para con la Patria estaba el de preservarla. Bandera, Soberanía y Patria eran tres conceptos que se identificaban en el corazón del soldado y en el alma del patriota. Pues bien, esa soberanía ya no existe para muchos pueblos y la facultad de intervención ha sido consagrada plenamente. Cualquier pretexto basta para intervenir; y los gobiernos todavía celosos de su soberanía como la mejor expresión del honor nacional que evitan las intromisiones extrañas son triturados en el molino gigantesco de la propaganda.

## Sociopolítica

El derecho puede convertirse así en el alarido de triunfo de los vencedores; pero como fuerza y derecho son términos antitéticos, resultará que ya no habrá derecho, que la fuerza prive y que la ley sea sólo la expresión de la violencia, la negación del derecho.

La misión esencial del Derecho Natural fue siempre preservar al individuo, al hombre, del avasallamiento total del estado, de la fuerza pública organizada. Los Derechos del Hombre se basaron siempre en el Derecho Natural. Al Derecho Natural pretende sobreponerse un Derecho Social que como su mismo nombre está denotando no es derecho. El Derecho Social se convierte en un Derecho Político, en un Derecho del Estado, que erige a éste en una entidad totalitaria en la cual el hombre se reduce a simple unidad de cuenta, número estadístico. El triunfo de lo social sobre lo individual es el camino ancho al estado totalitario. Cuando la ley, llamada por destino propio a preservar la órbita de acción del individuo de los avances del poder público, se vuelve instrumento del estado para la anulación del individuo, la libertad sólo puede vivir al amparo del derecho y el derecho sólo puede vivir por la justicia que se expresa en el Derecho Natural.

El materialismo, la gran herejía de nuestro tiempo, cuya máxima expresión es la riqueza-poder, podrá crear el progreso material; pero el progreso material no puede engendrar el progreso moral ni el social. La más monstruosa realización del materialismo organizado es el estado totalitario contemporáneo; la jerarquización de la fuerza, la anulación del derecho, el imperialismo económico-social.

No es posible contemplar impávidamente el triunfo de la violencia, la prelación de la fuerza. Si el derecho no ha de reinar; si el hombre no puede ser salvador de la omnipotencia del estado habrá perecido la libertad individual; si los estados no han de ser iguales ante el Derecho de las Naciones y la no intervención deja de ser principio básico en el orden internacional, habrá perecido éste, sustituyéndole el orden imperial.

Y podría entonces sobrevenir el gravísimo peligro de que los pueblos y los hombres miren a una próxima guerra como única esperanza de que se aniquilen mutuamente los grandes poderes que a la hora del triunfo se repartieron el rico botín del mundo.